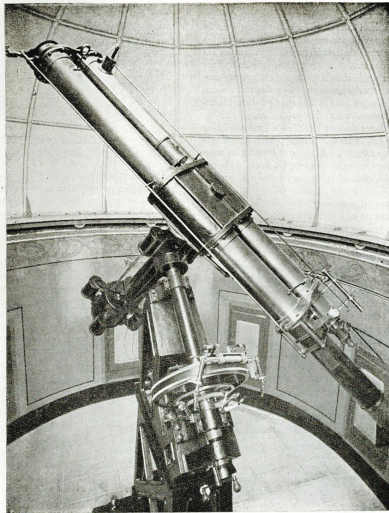




AL CABO DE MEDIO SIGLO

Por ANTONIO ROMANÁ, S. I.
Director del Observatorio del Ebro

30 de Agosto de 1905. El Observatorio del Ebro, bendecido por el Dr. Rocamora precisamente durante las Fiestas de la Cinta del año anterior, entra en lo que podríamos llamar su vida pública con motivo del eclipse total de sol. Y por primera vez en las publicaciones científicas de todo el mundo aparece su nombre unido al de la comarca en la que tan providencialmente ha encontrado de golpe su emplazamiento definitivo. No es una mera palabra. Numerosos observatorios han tenido que emigrar en no pocas ocasiones de una localidad a otra por haber dejado de responder con el tiempo la primeramente elegida a las exigencias del programa primitivo o sus ampliaciones, como consecuencia, a veces, de la creciente industrialización de los alrededores, pero no siempre.

Observatorios se han montado en el Nuevo Mundo, tras un concienzudo estudio del terreno, de acuerdo con las más modernas exigencias de la técnica, para tener que acabar reconociendo al poco tiempo que las previsiones habían resultado fallidas y que algunas, por lo menos, de sus secciones no se podían utilizar.

Por centenos a una de las especialidades del Ebro, las corrientes telúricas, caso ha habido en que tras una costosa instalación, resultó su registro imposible, y sólo tras amplias modificaciones se consiguió captar lo más fundamental del fenómeno, pero renunciando a toda observación de la estructura fina del mismo; y otros en que éste se manifestó tan débilmente que hubo que idear nuevas técnicas para llegar a registrarlo, y tras años de laboriosos esfuerzos, terminar por suspender su observación. En cambio, en el Ebro el emplazamiento resultó tan apto, que no se ha hallado hasta ahora otro lugar en el mundo que le supere, por la intensidad y constancia de la corriente y la nitidez e importancia de sus variaciones. Magnífica consagración de la intuición del P. Cirera y del que fue su consejero científico el ilustre patricio tortosino D. José J. Landerer: apuntes suyos, todavía inéditos, acreditan que fue uno de los primeros en el mundo en estudiar las telúricas entre los años 70 y 80 del siglo pasado, y utilizando, por cierto, las líneas telegráficas de Tortosa a Cherta y Vinarez y de Tortosa a Tarragona.

1930. El P. Rodés, al celebrar las bodas de plata del Observatorio, inaugura el pabellón Landerer,



Padres Cirera y Rodés, S. I.

dedicado a biblioteca y museo, y con sus numerosas publicaciones y su brillante intervención en los más variados y remotos congresos, vincula cada vez más estrechamente el nombre de esta comarca con el del Observatorio, que a los ojos de los extranjeros personifica los estudios solares y geofísicos en España.

Son de esta época, anécdotas *postales* tan significativas como la siguiente: Una publicación de ultramar es expedida con esta dirección errónea: «Observatorio del Ebro - Polonia», y en Varsovia rectifican sin vacilar: «Apartado 9 - Tortosa». Y esta otra, un poco más tardía, pero no menos curiosa: Hallándose pidiendo un trabajo a un científico británico mediante un saludo, su secretario lo remite con estas señas tan precisas: «El Director del Observatorio del Ebro - Saluda». La publicación llegó sin retraso especial y los correos internacionales no dudaron del punto a donde debían expedirla.

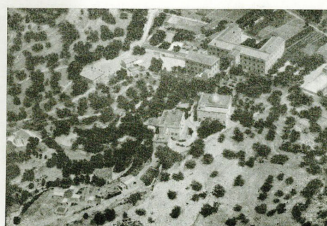
El P. Rodés fue siempre un enamorado de Tortosa, y de los numerosos diplomas que de tantas partes había recibido, los únicos que tenía expuestos públicamente eran los que lo acreditaban como Hijo Adoptivo de Roquetas y Miembro de Honor Del Ateneo de Tortosa; como fue también una de sus más íntimas satisfacciones el haber sido escogido para pendenista de la Cinta en 1934, cuando por las dificultades de los tiempos no podía recorrer la procesión las calles de la ciudad y tenía que encerrarse el *fóver* de los tortosinos en los ámbitos de la catedral.

A los cincuenta años de su vida, el Observatorio sigue arraigándose cada vez más a la tierra en que vio la luz. Junto con él nacieron obras de la envergadura del Instituto Químico, el Laboratorio Biológico y unos años después la revista «Iberica». Una tras

otra, por exigencias de su mismo desarrollo, fueron emigrando a la ciudad condal. Para el Observatorio, por el contrario, ha sido y sigue siendo de primordial importancia su permanencia en estas tierras, para continuar desarrollando su primitivo programa de estudio de las relaciones entre la actividad solar y los fenómenos geofísicos, aunque adaptándolo día tras día a las más recientes modalidades de la ciencia. Y así, al coronar su primer medio siglo de existencia, cifra su gloria en haber conseguido hacer de la comarca tortosina el primer punto del territorio peninsular desde el que se ha empezado a estudiar la ionosfera, y aspira a que muy en breve se capten

en él las emisiones en onda ultracorta del sol, y se logre someter al astro-rey a una observación visual y fotográfica tan continua, que pueda ser esta región de España una de las que más eficazmente colaboren a la gran empresa del próximo Año Geofísico Internacional. El porvenir nos revelará si podrán cumplirse estos proyectos.

En todo caso, cabe asegurar que cuantos en el Observatorio trabajan por la gloria de Dios y el prestigio de su patria, anhelen sinceramente planear en realización prácticas el lema que les señaló uno de sus Patronos Mayores, hijo, por cierto, de Tortosa: «Siempre más, siempre mejor».



El Observatorio del Ebro, a vista de pájaro